

Quirati de Bang Kapi: La aventura increíble de Doña Quirati en la ciudad de Laplae

Había una chica en el barrio de Bang Kapi. Su apellido era muy largo, tan largo que ni ella misma podía recordarlo. A veces lo escribía en papeles pequeños, pero luego los perdía. Por eso, casi siempre “Quirati”.

Vivía en un apartamento pequeño, de solo 32 metros cuadrados. Estaba en el cuarto piso. Todos los días miraba un cartel de publicidad grande desde su ventana y suspiraba.

Quirati leía muchas novelas románticas. Leía sobre chicas pobres con corazón puro que encontraban al hombre rico perfecto al final. Leyó tanto que ya no podía distinguir bien la realidad de los sueños.

Entonces, Quirati creyó algo muy importante: si ella demostraba que era buena y valiente, el joven Dusit — hijo de una familia rica — se enamoraría de ella. Dusit era muy guapo. Una vez, él publicó una foto comiendo arroz con curry en un puesto de calle, y desde ese momento, Quirati pensó en él todos los días.

Una mañana, Quirati se levantó con los ojos brillantes y llenos de determinación. Tomó su sartén de hierro — un regalo especial de su abuela, su arma más poderosa. Se puso su casco de flores de colores y encendió su bicicleta eléctrica de color rosa.

— ¡Sucha! — llamó.

Sucha Pantong, su fiel asistente y mejor amiga, salió de la cocina con un té de burbujas en la mano. Sucha siempre veía el mundo como era en realidad.

— ¿A dónde vamos tan temprano? — preguntó Sucha.

— Vamos a demostrar quiénes somos — anunció Quirati con voz seria —. Viajaremos a Laplae, en la provincia de Uttaradit. Es el lugar perfecto para una heroína como yo.

Sucha bebió su té despacio.

— Laplae está a quinientos kilómetros de aquí, señorita Quirati. Y nuestra bicicleta eléctrica solo puede ir ochenta kilómetros con una carga.

— Eso es el primer desafío — respondió Quirati sin dudar —. ¡Sube!

Sucha suspiró, pero tomó su bolsa con dos cajas de arroz y se sentó detrás de Quirati.

El viaje fue largo. Muy largo. Pararon once veces para cargar la batería. Quirati habló todo el tiempo sobre el amor, la valentía y la bondad del corazón humano. Sucha escuchó y jugó Wordle en su teléfono.

Al tercer día, por la tarde, llegaron a Laplae.

Antes, la gente decía que Laplae era una ciudad misteriosa. Decían que si entrabas, no podías salir. Que había secretos y espíritus en cada esquina.

Pero la Laplae que vieron Quirati y Sucha era muy diferente.

Había edificios altos de cristal. Drones volaban por el cielo para entregar paquetes. Había carteles de neón sobre inteligencia artificial para la agricultura. Y había una cafetería cada cincuenta metros.

— Uau... — dijo Sucha con la boca abierta —. Ha cambiado mucho.

— Sí — asintió Quirati —. Pero con los ojos de una heroína, puedo ver lo que otros no pueden ver.

Sucha quiso decir algo, pero ya era tarde. Quirati ya bajó de la bicicleta y caminó hacia la ciudad con paso firme y seguro.

Era una tarde calurosa. Quirati caminó por las calles de Laplae con curiosidad. Lo miraba todo. Las personas, las tiendas, los edificios nuevos.

Pero poco a poco, algo extraño pasó con sus ojos. Como una niebla fina. Como el calor del sol que confunde la mente.

Y entonces... ella lo vio.

Un edificio de oficinas de cincuenta pisos en el centro de la ciudad. Era moderno, alto, con paredes de cristal que reflejaban el sol.

Pero en los ojos de Quirati, en ese momento, no era un edificio.

Era un preta gigante.

Un espíritu hambriento, alto y delgado como una estatua del templo Wat Suthat. Su piel era negra y brillante como el cristal. Sus brazos eran largos como las barreras del tren eléctrico. Sus pies y manos eran muy grandes. Era un preta que comía la ambición y los sueños de los trabajadores de oficina.

— ¡Sucha! — Quirati se volvió con ojos intensos —. ¿Lo ves? ¡El preta gigante de allí!

Sucha miró en esa dirección.

— Señorita Quirati... eso es el edificio Innovation Hub de la provincia. Adentro hay doscientas empresas nuevas de tecnología.

— Eso es lo que él quiere que pensemos — dijo Quirati. Levantó su sartén —. ¡Preta de la avaricia! ¡Espíritu maligno del capitalismo que devora los sueños de los pobres! ¡Yo, como heroína, tengo el deber de destruirte!

— Señorita Quirati, por favor no haga—

Pero Quirati ya corría hacia el edificio. Mientras corría, rezaba en voz alta:

— ¡Namo tassa bhagavato arahato sammasambuddhassa! ¡Desaparece, espíritu maligno!
¡La bondad vence a la avaricia!

¡CLANG!

Su sartén golpeó el vidrio de la pared exterior del edificio. El sonido fue muy fuerte. Quirati tembló un poco, pero no cayó. Se quedó de pie y miró el edificio.

El edificio seguía ahí. Tranquilo. Como siempre.

— Es muy resistente — murmuró Quirati.

— Es vidrio templado — dijo Sucha, que llegó corriendo —. Cuesta miles de baht por metro cuadrado.

Cuatro guardias de seguridad se acercaron rápidamente.

— ¿Está bien, señorita? — preguntó un guardia.

— Estoy perfectamente — respondió Quirati con dignidad —. El preta ya desapareció. Laplae está a salvo ahora.

Sucha sonrió con vergüenza y pagó los daños con su propio dinero.

Quirati y Sucha salieron del edificio. Quirati caminaba con la cabeza alta, muy orgullosa. Sucha caminaba detrás y miraba el suelo.

En la siguiente esquina, Quirati vio algo nuevo.

Era un grupo de robots de limpieza automáticos. El municipio los compró recientemente para limpiar las calles. Había doce robots en total. Giraban en círculos ordenados. Hacían un sonido suave: zumm, zumm. Tenían luces azules que parpadeaban.

En los ojos de Quirati, en ese momento, los robots no eran robots.

Eran una horda de monos malvados.

Monos con ojos de cristal y cuerpos de metal. Criaturas sucias y malignas enviadas por sus enemigos para detenerla en su camino hacia el amor y la bondad.

— Sucha — dijo Quirati en voz baja pero firme —. ¿Ves a esos monos malvados?

Sucha levantó los ojos de su teléfono.

— Ah, son los robots de limpieza. Son nuevos. El precio de cada uno—

— Monos malvados — repitió Quirati —. Enviados por mis enemigos. Quieren impedir que yo demuestre mi valor ante el joven Dusit.

— Señorita Quirati, por favor—

Pero Quirati ya saltó hacia los robots con su sartén.

¡PANG! La sartén golpeó el primer robot. El robot se tambaleó pero no paró. Giró y continuó su camino.

¡CLANG! La sartén golpeó el segundo robot. Este era más sólido. Sus sensores detectaron el impacto. El robot hizo un sonido: bip bip bip bip y cambió de dirección... directamente hacia Quirati.

— ¡Animal malvado! — gritó Quirati. Saltó para esquivarlo.

Pero su pie golpeó el borde del camino.

Y Quirati cayó al suelo.

Los robots giraban a su alrededor, confundidos. El sonido bip bip bip llenó la calle. Dos robots chocaron entre sí. Uno quedó atrapado contra una silla. Tres robots corrieron en dirección opuesta, siguiendo su programa de “esquivar obstáculos”.

Quirati se quedó en el suelo por un momento.

Miró el cielo azul de Laplae. Las nubes se movían lentamente. Tranquilas. Como si no les importara nada de lo que pasaba abajo.

Sucha se arrodilló a su lado.

— ¿Está bien?

— Perdí — murmuró Quirati —. Los monos malvados me vencieron por ahora...

— En realidad, usted atacó a los robots municipales, señorita Quirati.

— No. Significa que debo ser más fuerte. La bondad necesita práctica. Como una espada que necesita ser afilada.

— Usted no tiene espada. Tiene una sartén.

— Las sartenes también se pueden afilar.

— No, señorita Quirati. Las sartenes no se afilan.

Las dos se quedaron en silencio. El sonido bip bip de los robots se fue haciendo más lejano.

Esa noche, las dos se sentaron en un restaurante de fideos junto al río. Sucha pidió dos tazones. Quirati miraba el agua sin comer.

— Sucha — dijo finalmente —. ¿Crees que la bondad es suficiente? ¿Para alguien como yo?

Sucha dejó su cuchara con cuidado.

— ¿Suficiente para qué?

— Suficiente para que el joven Dusit me mire. Él es de una familia importante. Yo soy... yo.

Sucha pensó un momento. Luego habló despacio:

— Señorita Quirati, yo no sé si el joven Dusit la amará algún día. Nadie lo sabe. La bondad no es dinero. No puedes comprar el amor directamente con ella. Pero lo que sí sé es esto: hoy usted viajó quinientos kilómetros porque cree en algo. Y eso... es valiente. Un poco loco, sí. Pero valiente.

Quirati miró a Sucha y sonrió por primera vez en todo el día. Una sonrisa pequeña pero real.

— Un poco loco — repitió.

— Bueno... bastante loco — dijo Sucha.

— Pero no a medias.

— No, señorita Quirati. Usted es completamente loca.

Quirati se rió suavemente. Tomó su cuchara y empezó a comer sus fideos. El sol se ponía sobre el río. La ciudad de Laplae se volvía naranja y dorada. Los robots de limpieza todavía giraban a lo lejos con su sonido bip suave y tranquilo.

Y Quirati estaba ahí — la heroína que perdió todo el día, con su bicicleta eléctrica cargando afuera y su sartén abollada en su bolsa — pensando en el joven Dusit con el corazón lleno. Y todavía creía que mañana, ella podría demostrarlo.

Y esa fue la historia de Doña Quirati ese día: la mujer que perdió contra un edificio, perdió contra los robots, pero todavía no perdió contra sí misma. Al menos, no ese día.